

# JUEGOS MORTALES

UNA NOVELA DE SUSPENSO, CRIMEN Y MISTERIO



RAÚL  
GARBANTES

Charles Denver ha comprado la mansión Hunting Downs, una emblemática residencia ubicada en el pueblo inglés de Ambercot. Charles se la pasa encerrado en su estudio, leyendo sus libros y tratando de escribir uno propio. Eso cuando no se dedica a pasar el tiempo con su prometida: Louise Default. Es justamente Louise quien convence a Charles de abrir su mansión a los habitantes del pueblo, y ofrecer una fiesta. Esto coincide con dos envíos postales de procedencia dudosa: una carta inquietante que recibe Charles, y un equívoco folleto que recibe Louise. El folleto habla de «La búsqueda del tesoro», un juego en apariencia inocente. La carta habla de unos «restos del pasado» ocultos en Hunting Downs. Al momento de celebrar la fiesta, la tragedia golpeará las puertas de la casa. Y las supuestas casualidades y errores empezarán a revelarse como lo que realmente son: oscuras manipulaciones, pasadizos que llevarán a los investigadores del caso a un pasado cruel y tortuoso. Como todo pueblo, Ambercot tiene sus secretos y sus miserias. En lo más recóndito de Hunting Downs, el pasado está más vivo que nunca, y se abre paso a través de los años y del olvido.

# JUEGOS MORTALES

Raúl Garbantes

*Cada hombre lleva una habitación dentro de sí.  
Este hecho puede comprobarse hasta por medio  
de la audición. Cuando alguien pasa  
apresuradamente, y uno escucha en la quietud  
de la noche, se percibe, por ejemplo, el  
golpeteo de la vibración de un espejo que no  
está bien sujeto a la pared.*

Franz Kafka

# Capítulo 1

Reproducimos un artículo aparecido en un número especial de The Daily Telegraph con fecha del 19 de mayo de 2018. Está firmado por el prestigioso periodista de investigación Rupert Thompson. Los capítulos y las secciones que aparezcan a continuación en cursiva pertenecen a este artículo.

## *Habla, oscura memoria*

A cuarenta años del caso Hunting Downs, es hora de una recapitulación y una reflexión. ¿Qué sucedió realmente?

Por Rupert Thompson

*Muy pocos ingleses tendrían hoy una mínima idea respecto a la ubicación y las características del modesto pueblo de Ambercot de no ser por la célebre y extraña secuencia de hechos ocurrida allí hace ya cuatro décadas. Me refiero, claro está, al tan peculiar y siniestro caso Hunting Downs, cuyo eco excedió por mucho las fronteras de aquel pequeño pueblo perdido y que, durante la por ese entonces agónica década de los setenta, sacudió a los lectores de diarios de todo el país, y me atrevería a decir que también de una buena parte de Europa.*

*Charles Denver, uno de los protagonistas de esta historia macabra, para esos tiempos había acumulado su fortuna en el mar del Norte, trabajando como capataz en torres de perforación. En lugar de dilapidarla en vicios y diversiones efímeras, como hubiesen hecho tantos otros, Charles se de-*

dicó al ahorro y prosiguió con sus hábitos austeros. Dicen quienes lo conocieron —y yo pude escuchar esos testimonios de primera mano— que tenía la costumbre de encerrarse en su gabinete, con la única compañía de una biblioteca poblada de volúmenes de todo tipo y grosor. Hablamos de un amante del conocimiento, una especie de Fausto contemporáneo, aunque su posterior roce con el Mal no se produciría a través de ningún pacto, sino por puro capricho de la fortuna. Algunos, incluso, acusaban a Charles de ser escritor. Lo que sí se puede afirmar con seguridad es que él fue —uso el verbo en pasado porque el señor Denver murió unos años atrás— un lector infatigable y curioso.

Algunos lo calificaban de aburrido. No obstante, eso no quería decir que el propio Charles se aburriera: en todo caso, a ciertas personas les aburriría compartir tiempo con él, sentimiento comprensible y que suelen provocar los hombres demasiado concentrados en sí mismos o en ciertos temas... —¿con qué término los calificaré?— digamos que trascendentes, poco mundanos.

Esta cualidad que rozaba lo huraño no lo privaba de darse sus pequeños gustos, ahora sí, de indiscutible índole mundana: disfrutaba de jugar al golf los sábados, con algunos miembros del club del pueblo dedicados a ese deporte; a menudo se tomaba una cerveza en el bar en compañía de algunos lugareños, aunque rara vez se excedía hasta el punto de padecer zozobras en el equilibrio a la hora de levantarse. También solía llevar a su amiga Louise Default —le llamo «amiga» solo para utilizar un eufemismo al que se recurre poco en estos tiempos, pero resulta afín a la caballerosidad que el señor Denver mostró toda su vida—; decía yo entonces que, cuando el clima y la ocasión eran propicios, Charles gustaba de comer con la señorita Louise en algunos de sus restaurantes favoritos de Brighton Beach.

En ese entonces Charles Denver ya se había jubilado de su empleo como capataz. No había nacido, como suele decirse, en cuna de oro: por el contrario, se había ganado ca-

da libra con el sudor de su frente, y acumuló una buena suma —lo repito— a fuerza de ahorro. Así cumplió con su viejo anhelo de comprar la casona, o directamente, la mansión de Hunting Downs. Así se la conocía y se la conoce dentro y fuera de Ambercot: de hecho, constituye un símbolo del pueblo, cuyas connotaciones se han modificado oscuramente a partir de lo sucedido en el victoriano interior de sus habitaciones y recovecos.

Antes de que Charles la adquiriese, la mansión era un enorme trozo de pasado clavado en el pueblo, al que apenas llegaban los ecos del cambio social: poco sabrían los hombres y mujeres de Ambercot respecto a la «liberación de las costumbres» o a la música disco, y me refiero tanto a los aspectos más festivos de esta presunta liberación como a los más perturbadores —pienso, por ejemplo, en Charles Manson y sus acólitos—. Londres y las urbes populosas del mundo ya se asomaban a la ventana de los años ochenta; en Ambercot apenas vislumbraban el resplandor del vidrio.

Esta circunstancia geográfica y social acaso haya contribuido a la mórbida fascinación que el caso todavía produce en la sociedad inglesa, y que me lleva a escribir sobre él aun cuando pasaron cuarenta años y esa sociedad ha cambiado por completo. Aquello que la prensa de la época difundió bajo el título de «El secreto de Hunting Downs» se inscribe en una tradición policíaca y casi terrorífica que a la vez se resume en un proverbio de uso común: «Pueblo chico, infierno grande». No sería exagerado señalar que los crímenes ocurridos en la casa resuenan en la memoria de los británicos con un eco tan potente como en los norteamericanos resuenan los que narró Truman Capote en su famosa novela del género non-fiction, *A sangre fría*. La única desventaja es que nosotros no tuvimos un cronista tan talentoso como Capote que contara la historia con la calidad literaria que merece.

Por supuesto: no insinúo que yo vaya a ser ese cronista largamente esperado. De hecho, no contaré la historia

*completa ni mucho menos la convertiré en una novela. En parte porque no me considero a la altura, y en parte porque existen hechos no esclarecidos y que nunca se esclarecerán, y que no me parecería digno suplir con invenciones y especulaciones de mi parte. Las víctimas merecen respeto, siempre.*

*No soy un literato, y mi modesto objetivo es diferente al de Capote: intentaré echar luz sobre los rincones que puedan ser iluminados, y nada más. Trataré de responder lo mejor posible a algunos interrogantes que surgieron en su momento y que no han sido del todo aclarados.*

*Permítanme un comentario personal: diré que este artículo puede leerse como una especie de carta de amor al horroroso caso que impulsó mi carrera. Yo era un joven vigoroso en ese entonces, y encontré la oportunidad de mi vida en la desgracia de otros —por desagradable que suene expresarlo de ese modo, es así como a menudo sucede en el oficio de periodista—.*

*Y ya que hablamos de cartas, recordemos que todo inició con una —aunque alguien podría señalarme, con absoluta pertinencia, que en realidad ya había comenzado mucho antes—. Una carta con un contenido en apariencia inofensivo, casi pueril, que hace cuatro décadas —cuando nadie siquiera soñaba con los correos electrónicos— le entregaron en mano al señor Charles Denver.*

## Capítulo 2

Ambercot, sur de Inglaterra, 1978

Charles Denver acababa de salir de su gabinete y se hallaba de pie en la sala. Estaba teniendo un día tranquilo, igual que todos desde que se había jubilado y mudado a la mansión de Hunting Downs. Observó el reloj en su muñeca: faltaba poco para las doce, y de un momento a otro Margareth le anunciaría que un plato de comida caliente lo esperaba en la mesa. Una de sus más salientes virtudes, y que influyó mucho en que él la eligiese como ama de llaves, era su mano para la cocina.

Charles decidió entonces que se quedaría allí, de pie y sin hacer absolutamente nada, hasta que oyera ese previsible llamado. Se dedicaría a la contemplación de la casa, los milagros que la restauración había obrado en lo que antes constituyera una derruida postal del pasado. La mansión de Hunting Downs no solo se había convertido en un lugar habitable, sino en uno en el que cualquiera desearía vivir. Al menos, seguía pensando él, así lo querría cualquiera que conservarse una cuota de buen gusto. Muchas personas rehuían del estilo clásico, victoriano, y él sabía que murmuraban de la mansión, que a pesar de las refacciones todavía lucía algo lúgubre. Charles meneó la cabeza, como si negara la afirmación de un interlocutor invisible: el mundo se arrojaba hacia un negro pozo de vulgaridad, y cada vez menos gente apreciaba el encanto de la tradición. Bastaba con prender la televisión y someterse a los noticiarios, o es-

cuchar por la radio aquellos novedosos ruidos a los que llamaban música.

Ajeno a ese bullicio incomprensible, él se pasó la mañana en esa isla confortable y silenciosa que le proporcionaba su gabinete. Se había dedicado a pasar con suma cautela, apenas rozándolas con sus dedos enguantados, las hojas de una antigua aunque bien conservada edición de la *Historia de la Revolución francesa* de Jules Michelet. Su contacto en Londres, un librero y bibliófilo de confianza, al fin había logrado conseguirle los tres volúmenes, y a Charles le alegró la mañana de ayer el hecho de que le entregara en persona la encomienda. Sin embargo, ayer se encontraba todavía completando la inspección de otro ansiado volumen, el *Suspiria de profundis* de Thomas de Quincey, por lo que debió demorar hasta hoy su cita con Michelet.

Charles oyó el eco de los pasos vibrando en la amplia sala de la mansión. Y después de que ella se frenara a unos metros de él, le anunció:

—Señor Denver, la comida ya está servida.

—Gracias, Margareth —dijo él. Y siguió la figura regordeta y alta de la mujer hacia el comedor.

\* \* \*

Poco después, Margareth se acercó a la larga mesa de roble oscuro y pidió permiso para apartar el plato. Charles asintió con la cabeza.

—¿Estaba bueno el filete, señor?

—No es necesario que me trates de señor todo el tiempo, Margareth. Y sí, estaba buenísimo, como siempre. Muy tierno y succulento.

El ama de llaves sonrió con satisfacción y se retiró a la cocina. Minutos después, Charles oyó el chorro de agua surgiendo del caño y el roce de los platos y vasos que allí se lavaban —Margareth también había almorzado, aunque

se rehusaba a compartir la mesa con su patrón: ella sí se mantenía apegada a las tradiciones y a las formas, a tal punto que hasta el mismo Charles consideraba, a veces, que ese apego resultaba exagerado.

Él permaneció sentado, disfrutando del sosiego que le provocaban el estómago lleno y la silente quietud del mediodía, que pronto se convertiría en la primera hora de la tarde.

Hasta que, inesperado, retumbó en la casona el sonido del timbre.

Marga —así la llamaba Charles, aunque solo para sí mismo— fue a atender. Lucía en el rostro el estoico gesto de siempre.

Charles observaba la puerta desde su cómoda posición, deseando que la desconocida visita —en virtud de sus deberes para con la buena educación— no lo obligara a pararse.

—Señor Logan —oyó que decía Marga—. ¿Viene a hacer una entrega al señor Denver? Qué extraño que se acerque usted mismo en persona. Nos hace un honor.

Marga se corrió para que ingresase a Hunting Downs el jefe de la Oficina de Correos de Ambercot —una oficina, por cierto, muy limitada. Logan no debería tener más de cinco o seis empleados—. Mientras se resignaba a ponerse de pie y a ensayar una cordial expresión de bienvenida, Charles lo vio caminar hacia él con un sobre en la mano. Se trataba de un sobre común: blanco, tamaño carta. El señor Alfred Logan lo sostenía con sus dedos huesudos, y a Charles nunca dejaba de sorprenderlo la extrema delgadez de ese hombre cadavérico. Cada vez que se lo cruzaba, ese rasgo manifiesto le producía un impacto similar al de la primera vez que lo había visto, hace ya muchos años atrás.

Logan seguía acercándose a Charles. Aparte de cadavérico, era a todas luces un hombre nervioso. Debería lindar con los sesenta, más o menos andaría en la edad de Charles. Pero a Logan la vejez no parecía haberle brindado sere-

nidad o aplomo. Charles recordaba haberlo visto especialmente nervioso a la hora de interactuar con mujeres: una vez se había cruzado con él y con Louise, y Logan se puso pálido al momento de saludarla a ella.

Los dedos huesudos le temblaban en ese instante, y con ellos hacían temblar la carta. Aunque se trataba de un temblor mucho más sutil, del que solo un observador intencionado y atento como Charles se hubiera percatado.

—Buenos días, señor Denver —dijo Logan extendiéndole la mano libre.

Charles ya se había puesto de pie y le estrechó la suya.

—Ya casi son buenas tardes, señor Logan.

Aquella fue una broma inofensiva, y Charles se había encargado de enfatizarlo con una sonrisa. Sin embargo, Logan contestó con una seriedad casi solemne.

—Es cierto, señor Denver, ya ingresamos en el terreno de la tarde.

—Supongo que ese sobre que lleva en la mano es para mí. Me sorprende, al igual que a mi estimada ama de llaves, que haya acudido a esta casa en persona para entregármela.

Marga se había quedado de pie, detrás del señor Logan. Ante el afectuoso adjetivo de Charles, ella reaccionó del mismo modo que reaccionaba a todos los estímulos del universo: no se le movió ni un párpado.

Ajeno a la relación entre patrón y empleada, el señor Logan dijo:

—Sucede que hoy les di el día libre a algunos de mis empleados que habían trabajado mucho durante los últimos tiempos, y tuve la mala fortuna de que justo llegaron a la oficina más cartas que lo habitual. Así que ya me ve, decidí dar una mano con las entregas. Al fin y al cabo, no me iba a morir por eso, y de paso caminaba un poco.

—Es verdad, ni usted ni yo somos excesivamente jóvenes y no nos dañaría un poco de ejercicio. Por desgracia, mis hábitos son sedentarios y mi naturaleza tiende al inmo-

vilismo. —Charles hizo una pausa, durante la cual Logan no dio muestras de disponerse a retirarse—. ¿Quiere beber una copa, ya que vino hasta mi casa?

Logan no le contestó, acababa de echar un vistazo general a Hunting Downs, girando el cuello en ciento ochenta grados. Su mirada permanecía abstraída, como colgando de un punto indeterminado del espacio.

—Señor Logan... —insistió Charles tras esperar unos segundos. Intentaba, con la mayor sutileza posible, despertarlo de aquel extraño hechizo.

Y Alfred Logan lo miró sorprendido, como si Charles acabara de materializarse frente a él.

—Disculpe —dijo Logan—. A veces me disperso.

—No hay ningún problema, lo entiendo mejor de lo que usted cree. —Charles pensó en lo poco que a él le interesaban la mayoría de los asuntos cotidianos, y lo mucho que le gustaba sumergirse en los apasionantes problemas y aventuras de los libros—. Le decía si quería compartir una copa conmigo.

—Ah, sí. Le agradezco la amabilidad, señor Denver, pero tengo más trabajo por delante. Hoy he pagado caro mi amabilidad como empleador.

—Toda buena acción tiene su castigo, señor Logan. No importa, en alguna otra ocasión será.

La verdad era que a Charles lo alivió escuchar esa negativa por parte de su interlocutor. Y no porque Logan le cayera mal: no tenía nada en contra ni a favor de él. Simplemente prefería regresar al gabinete y proseguir su conversación unilateral con Michelet. Más allá de que le gustara jugar al golf, tomar alguna cerveza y —por supuesto— pasar algunas tardes y algunas noches en compañía de Louise, las personas que más le interesaban tenían en común el haber muerto hacía muchísimos años y expresarse a través del papel impreso, por lo general de un color ya tirando a amarillo.

Charles se guardó la carta y le dijo a Marga que él mismo acompañaría al señor Logan hasta la puerta.

Así lo hizo. Logan se despidió con un nervioso gesto de asentimiento que solía ejecutar con la cabeza, viniese o no al caso.

Charles cerró la puerta.

—Una carta... ¿De quién será? —se preguntó en voz alta.

—Para averiguarlo le recomiendo abrirla, señor —dijo el ama de llaves. Y Charles nunca alcanzaba a discernir si ese tipo de comentarios se debían a una incapacidad de ella para detectar las preguntas retóricas, o a una inconsciencia respecto a lo obvio, o si tal vez constituían un sutil ejercicio de sarcasmo.

De todas maneras, se acercó a la mesa y tomó el sobre. Lo abrió con cuidado, rompiendo con sus propias manos arrugadas la parte superior.

## Capítulo 3

Tras el mostrador del bar, Janette Wilson practicaba a diario el deporte favorito de las jóvenes de pueblo: alimentaba el salvaje deseo de irse de ese lugar para siempre.

No odiaba a Ambercot, ni siquiera eso, su lugar de nacimiento era para ella comparable a uno de esos maridos que no despiertan en su esposa ninguna clase de pasión.

Mientras ahora ojeaba con desgano una revista vieja de modas —o dicho de otro modo, una revista de modas ya viejas—, Janette consideraba que su odio hubiese implicado un tributo demasiado grande para un pueblucho tan so-so.

Oyó el ruido de la puerta al abrirse. ¿Cuál de los previsibles parroquianos habría llegado primero hoy? Se dio la vuelta para observar el reloj y comprobó lo que el ruido de la puerta la llevó a suponer: había llegado la hora del almuerzo.

Y eso significaba que otra mañana había transcurrido. Otra mañana, se dijo, que se le perdió como arena entre los dedos —Janette solía confundir a ese tipo de lugares comunes con algo semejante a la poesía—. ¿Cuándo le llegaría la chance de escapar, de buscarse una ciudad en la que existiese el movimiento y los días no se sucedieran indistinguibles uno del otro? La apenaba un poco que su tío Abe, el dueño del bar, se quedara sin empleada. Pero ya habría alguna otra joven dispuesta a suplantar a Janette. Al fin y al cabo, ella no cobraba mal, y si bien el trabajo requería una buena cantidad de horas y ciertas habilidades culi-